



Universidad
Nacional
de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Intervenciones subjetivantes con música en la adolescencia: resonancias desde una perspectiva psicoanalítica

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Álvarez, Lucila

Legajo: A-5347/3

DNI: 39.568.480

Docente responsable: Crespín, María Laura

Año: 2023

Agradecimientos

A la Facultad de Psicología y quienes trabajan en ella, por construir un espacio de alojamiento y soporte para hacer posible el ejercicio del derecho a la educación pública. A mi familia, por alentarme en cada instancia con su presencia amorosa y por allanar el

camino para que pudiese concretar este sueño.

A mis amigas, por su empuje y compañía desde el comienzo, por ser mis interlocutoras en este proceso.

A María Laura Crespín, mi tutora, por brindarme su tiempo y su escucha, por ayudarme a hacer transmisibles mis ideas y enriquecer este trabajo con cada una de sus lecturas.

A David Magallán y su música, por interpelarme profundamente y relanzar nuevos sentidos acerca de lo artístico y mi lugar como trabajadora en el campo de la salud mental.

Índice

Resumen 3 Introducción 4 La práctica del psicoanálisis: un oficio artesanal 7 Procesos de vulnerabilización social e intervenciones subjetivantes 9 La música, la creación y sus funciones en el psiquismo 11 Transmitir para construir un futuro 14 La música como vehículo en la promoción de salud mental comunitaria 16 Reescribir la historia a través de canciones, el pasado como causa y fuente del ser en el presente 21 Reflexiones finales 27 Referencias bibliográficas 29

Resumen

El presente escrito surge con la finalidad de elaborar e interpelar, una serie de pensamientos acerca de la potencialidad de incluir a la música como recurso en intervenciones ligadas a la promoción de la salud mental comunitaria con adolescentes. Se parte de ubicar la función social del psicoanalista y definir su práctica como un oficio, para visibilizar sus posibles aportes dentro de este tipo de intervenciones, en tanto trabajador del campo de la salud mental. En diálogo con los aportes teóricos, se analizan diversas intervenciones con adolescentes en situaciones de vulnerabilización social, en las que la música ocupa un lugar fundamental. Estas prácticas son leídas como subjetivantes ya que promueven una posición activa y creadora en la resolución de los conflictos singulares y colectivos. Además, permiten la construcción de otros sentidos respecto al futuro y los proyectos vitales de quienes participan en ellas. Por otro lado, promueven trabajos psíquicos fundamentales para la constitución subjetiva de dichos adolescentes. En este sentido, se ubica un lugar posible del psicoanalista en la construcción de un ambiente que facilite la concreción de estos trabajos psíquicos, en vínculo con otros actores sociales. Por otro lado, adquiere relevancia la idea de que propiciar espacios para la creación, la ficción y el juego, podría ser uno de los factores que promueva la transformación de las condiciones de vida cotidiana.

Palabras clave

salud mental – música – adolescencia – psicoanálisis

Introducción

(...) es siempre posible volver a erigir el deseo de sus falencias y volver a ponerlo en movimiento, resucitando la voluntad de vivir (...) Oportunidades de este tipo se las encuentra donde menos se las espera, como es el caso de la canción popular, generalmente descalificada en la jerarquía oficial de los valores culturales. (Rolnik, 1995, p. 6)

Este fragmento del texto de Suely Rolnik pretende introducir al lector en la trama de intereses, interrogantes y reflexiones que dieron origen al presente ensayo. Dicho extracto pone en evidencia que algo inesperado o poco valorado, como una canción popular, podría ser (en potencia) una herramienta para producir intervenciones subjetivantes, que pongan al deseo en movimiento. En este sentido, el presente escrito surge con la finalidad de elaborar e interpelar, mediante el diálogo con diversos autores y experiencias, una serie de pensamientos en relación a la potencialidad de incluir a la música como recurso en intervenciones ligadas a la promoción de la salud mental comunitaria con adolescentes.

Si tomamos como referencia la Ley Nacional de Salud Mental y Adicciones N° 26.657 (2010), podemos considerar que la producción de un texto ligado al abordaje en promoción de salud mental posee relevancia académica. El artículo 11 de la ley sugiere que esta es una de las modalidades de intervención a ser promovida por la autoridad de

aplicación. Esto debido a que las intervenciones ligadas a la promoción en salud se orientan hacia la producción y fortalecimiento de redes de cuidados y lazos comunitarios. Desde la implementación de la ley, dicha orientación cobra un lugar fundamental en las prácticas de atención en salud mental.

En los escenarios actuales, se presenta el desafío de seguir pensando los aportes del campo psicoanalítico a futuras intervenciones en promoción de salud mental que apunten a fortalecer la participación comunitaria. Ulloa (2012) considera que la salud mental es una producción cultural y un contrapoder que permite que las comunidades se organicen de forma verdaderamente democrática. Según el autor, "(...) la perspectiva de la salud mental será aquella donde encuentre su expresión la posibilidad de elegir un movimiento de resistencia y lucha"(p.130). Asimismo, considera que el psicoanálisis es una práctica social. Esta definición nos permite alejarnos de la idea de neutralidad y empezar a considerar la posición de él o la psicoanalista como actores que funcionan como tercero de apelación, posibilitando la desnaturalización de diversas situaciones de padecimiento ante los procesos de vulnerabilización social. En relación con esto, en el presente escrito se abordará (en diversas experiencias seleccionadas) el lugar de la música como recurso que facilita intervenciones orientadas a dicho fin.

Las investigaciones de Bang (2014,2016) y Wald (2011,2017) serán un antecedente propicio para abordar la noción de promoción de la salud a partir de intervenciones artísticas. Bang (2016) participó en un proyecto de promoción de la salud mental comunitaria junto a la red de instituciones "Rioba" de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Las prácticas que se despliegan en los efectores de esta red se centran en la realización de eventos callejeros que mediante el arte y la creatividad, desde el juego, constituyen una estrategia de participación comunitaria en el espacio público. Desde esta mirada, la participación de la comunidad sería un factor promotor de la salud mental que actúa en favor de la restitución de lazos de solidaridad social, alejándose de lo patologizante de vivir situaciones conflictivas de manera individual y pasivamente.

Por otro lado, Wald (2011) realizó un estudio comparativo entre dos orquestas juveniles de la ciudad de Buenos Aires, haciendo hincapié en los efectos singulares y colectivos (reforzados mutuamente) en la promoción de la salud de los jóvenes que participan en ellas. Considera que espacios como los mencionados junto con las murgas, comparsas, fiestas culturales y barriales son de gran relevancia para la inclusión de los jóvenes porque promueven una forma de expresión participativa.

4

A partir de estos antecedentes, surge otro interrogante que se desplegará en el capítulo final del presente texto: ¿Qué aportes podría proporcionar una lectura psicoanalítica en las intervenciones en promoción de la salud? ¿Cómo promover desde la función del psicoanalista ciertos trabajos psíquicos necesarios en la constitución del adolescente? ¿Cómo tomar de elementos de la cultura emergente como vehículo para construir prácticas subjetivantes?

Desde estos interrogantes, se analiza la trayectoria de dos proyectos argentinos relacionados con el movimiento cultural Hip Hop: Familia de la Eskina y Rimando Entreversos. La propuesta musical de los jóvenes de Familia de la Eskina nace en un barrio de la comunidad qom de Derqui (Buenos Aires), en un intento por apropiarse de una parte de su historia ancestral, a partir de nuevas modalidades de expresión. Rimando Entreversos es un grupo de rap que surge en un taller de producción audiovisual de la Fundación La Morera, una institución radicada en un barrio de Córdoba. Se tomará como punto de partida el material bibliográfico y audiovisual de ambas experiencias para comenzar a construir interrogantes. ¿Por qué se considera que estos proyectos podrían ser promotores de salud mental? ¿Cuál es el concepto de salud que subyace en ellos?

¿Qué funciones podría sostener un psicoanalista en futuras intervenciones en promoción de salud?

Nos fundamentamos en la hipótesis de que éstas experiencias, en donde la música tiene un lugar primordial, podrían promover procesos psíquicos que (dentro de las perspectivas psicoanalíticas) son considerados fundamentales en el tránsito de la adolescencia hacia la posición adulta. Entendemos que éstas intervenciones que se dan en el marco de organizaciones e instituciones, permiten generar condiciones para que estos procesos se produzcan.

Rodulfo (2000) conceptualiza la adolescencia en relación a ciertos trabajos simbólicos que el adolescente realiza y sobre los cuales él mismo se posiciona como agente principal. El autor sostiene que el concepto de trabajo es nuclear en el psicoanálisis ya que es utilizado en las teorizaciones de Freud sobre el sueño o el duelo. Además, menciona que lo puberal puede pensarse como exigencia de trabajo de lo pulsional para el psiquismo. Considera que “el concepto de trabajo le restituye algo allí que le pertenece al sujeto y que es su propio trabajo psíquico, su propia actividad”(p.154).

Entre los trabajos que el adolescente lleva a cabo se encuentran: el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, la construcción de un nosotros en el psiquismo y la elaboración de proyectos vitales singulares y colectivos. Tales aspectos serán abordados desde las teorías de Aulagnier (1991), Hassoun (1996) y Rodulfo (2004).

Se considera que los trabajos psíquicos mencionados no se producen aislados, ya que los factores socioeconómicos pueden generar condiciones que los promuevan u obstaculicen. Fernández y López (2005) realizan un análisis acerca de cómo desde la crisis en nuestro país en 2001, se han profundizado ciertos procesos de vulnerabilización social que conllevan crisis subjetivas que afectan de manera particular a los jóvenes. El no tener inserción en el mercado laboral y las lábiles pertenencias institucionales, producen fragilidades sociales y subjetivas. Este contexto promueve:

(...) modos de subjetivaciones en virtud de los cuales se dejan estar en un presente que no se afirma en anclajes en el pasado ni en proyectos de futuro que pudieran operar como sentido organizador de prácticas, significaciones y pasiones. (p. 133)

Por otro lado, quienes atraviesan este tipo de procesos pueden ser representados por diferentes actores sociales (del campo de la salud, educación, medios de comunicación, entre otros), a partir de generalizaciones que derivan de ciertas imágenes estereotipadas. Campos et al. (2008) investigaron lo que sucede cuando los trabajadores de los equipos de salud y de educación identifican a una población exclusivamente como pobre, desvalida y degradada. Este tipo de imaginario social también es reproducido por los medios de comunicación. Desde allí, se invisibilizan las marcas singulares de quienes

5

forman parte de estas poblaciones y, consecuentemente, se produce un silenciamiento de sus voces en relación a las problemáticas que atraviesan.

En relación con lo anterior, también nos detendremos a reflexionar acerca de la importancia del adulto como función social, tomando en consideración que puede ser un lugar posible desde el cual construir intervenciones en el marco del psicoanálisis. Dicha función social puede ser encarnada por diferentes sujetos que generan condiciones favorables en la constitución subjetiva. Adultos que reconocen la producción psíquica de los más jóvenes y soportan la confrontación, “(...) como articuladores responsables de promover, sostener y soportar los procesos de subjetivación” (Korinfeld, Levy y Rascovan, 2013, p.43).

Mediante la escritura de este ensayo, se pretende dejar un registro de las huellas que sirvieron para la construcción de un punto de vista singular respecto de la temática

que aborda. De esta manera, se invita al lector a que recorra y sea partícipe de éste proceso de transformación en el pensamiento, dejándose afectar por las ideas que surgen a partir del diálogo escrito con los aportes teóricos de diversos autores de referencia.

La práctica del psicoanálisis: un oficio artesanal

(...) cuando se trabaja con la gente y se quiere preservar la singularidad de cada uno, es más necesaria la creatividad que oficia que la regularidad que profesa (Ulloa, 1995,p.47).

Comenzar un ensayo con pretensiones de integrar y dar un cierre al trayecto formativo obligatorio de la carrera Psicología, instala un diálogo con aquello aprendido y una pregunta por el porvenir de una práctica que comenzará a tener la legitimidad que otorgan el título universitario y la inclusión dentro de un Colegio profesional que representa a graduados con orientaciones clínicas muy disímiles. Desde allí, se hace interesante establecer inicialmente algunas consideraciones sobre mi posicionamiento en relación al ejercicio de la Psicología o, más bien, del Psicoanálisis que es la orientación a

partir de la cual me fundamento en este escrito para poder problematizar.

En este sentido, Lourau (1999) plantea que para la ética de la investigación es necesario el análisis de la implicación “(...) presente en nuestras adhesiones y no adhesiones, nuestras referencias y no referencias, nuestras participaciones y no participaciones, nuestras sobremotivaciones y desmotivaciones, nuestras investiduras y no investiduras libidinales” (p.4).

Así, resulta pertinente resaltar desde un comienzo mi afinidad con la idea de pensar la práctica del psicólogo como un oficio. Según Menin (2000), “(...) el oficio es el trabajo habitual que realiza un obrero, un profesional o un artista en condiciones materiales y espirituales concretas pero cambiantes” (p.5). Cuando se habla de oficio suele ligarse el concepto al adjetivo artesanal, ya que se considera que los recursos metodológicos y técnicas que se utilizan se configuran cada vez de manera singular, dando como resultado que ninguna intervención será idéntica a otra. Lo único e irrepetible de cada una de las prácticas realizadas por los trabajadores del campo psi da cuenta de una actitud que atiende a la singularidad del conflicto del sujeto o grupo junto al que se construye la intervención, al contexto de acción y es acorde con un posicionamiento teórico-práctico-ético.

De este modo, no se trataría de una práctica irreflexiva y sin encuadres, sino que es esperable que a partir de cada nuevo acto que se inaugure haya un movimiento de apertura a lo novedoso y la creación. Estas ideas fueron pertinentemente elaboradas por Ulloa (1995) quien sostiene que “(...) la disciplina, reducida a gestos, entierra la actitud y las aptitudes clínicas” (p.47). Dicho autor propone que el quehacer psicoanalítico es un oficio que busca apoyo en la singularidad de lo que se va instituyendo sobre la marcha, más que en lo instituido.

Cabe resaltar que, si bien existe una gran amplitud y diversidad en las intervenciones, cuando se piensa desde el sentido común cuál es el espacio en donde el psicólogo realiza su práctica y cómo, suele figurarse el lugar del consultorio privado y el marco de una sesión individual. Sin embargo, quienes hemos transitado la formación en Psicología sabemos que nuestras incumbencias nos habilitan a trabajar en una gran variedad de ámbitos e instituciones sociales.

Cada trabajador del campo psi va construyendo (en un proceso que no es lineal y nunca concluye) una identidad profesional que lo distingue de otros. Augsburg (2000) considera que este es un proceso doloroso porque implica renunciar a la idea de unidad y el reconocimiento de la heterogeneidad y fragmentación que presentan las prácticas en nuestro campo. También conlleva una renuncia a construir esta identidad “(...) como reproducción de algo ya establecido y siempre igual a sí mismo y a afirmarse a partir de prácticas que en algunos casos se encuentran devaluadas disciplinariamente” (p.11).

En relación con lo anterior, aunque en la práctica del Psicólogo las intervenciones en el ámbito comunitario hayan ganado legitimidad a partir de la sanción de la Ley Nacional de Salud Mental y Adicciones N° 26.657 (2010), existe aún hoy una dificultad para sostener este tipo de prácticas devaluadas a partir de la inestabilidad del apoyo político-estatal. Además, Leale (2016) destaca otra cuestión que obstaculiza éste tipo de praxis: “el desarrollo de la profesión psicológica en nuestro país estuvo estrechamente

7

referenciado en el ejercicio profesional de la medicina; esa relación de especularidad delimitó –delimita aún– un horizonte imaginario de existencia (...)” (p. 370). Esto porque la práctica del psicólogo nació limitada al ámbito clínico individual, siendo considerada una profesión auxiliar de la Medicina.

Sin embargo, si consideramos el artículo n°9 de la Ley N°26.657, reconocemos que allí se sostiene la importancia de que las prácticas de los trabajadores del ámbito psi restituyan, promuevan y refuercen los lazos sociales. Por lo tanto, resulta pertinente

seguir reflexionando y teorizando acerca de las prácticas grupales por fuera del consultorio particular.

Percia (1991) realiza un recorrido posible para pensar la introducción del pensamiento sobre lo grupal en Argentina. Es así que ubica dos corrientes del grupalismo: la tendencia de aplicación y la tendencia de ruptura o desvío. La primera de estas tendencias tiene origen en los años 50', cuando algunos psicoanalistas comenzaron a interesarse por la acción terapéutica en grupos. Por aquel entonces, se esforzaban por desplazar sobre la situación grupal referencias y métodos del psicoanálisis hegemónico de la época. Exponían, por ejemplo, como en la situación grupal se observa la emergencia de formaciones del inconsciente equivalentes a las que se estudian en la situación analítica. De ésta manera, se producía una mudanza o aplicación de cierto psicoanálisis a la situación grupal. En contraposición, hubo otra corriente del grupalismo con tendencia a la ruptura o el desvío respecto de la legalidad o los principios explicativos autorizados y establecidos por la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), la institución psicoanalítica oficial. Entre los años 60' y 70', estos grupalistas argentinos se preguntaron cómo lograr que sus prácticas no sean una simple aplicación mecánica de formulaciones teóricas correspondientes al dispositivo psicoanalítico clásico. Al separarse de la APA, defendieron la importancia de inventar nuevas formas de intervención en salud. Sostuvieron la posición de compromiso y de responsabilidad social que era demandada a los intelectuales en aquel entonces.

Percia (1991) plantea que el clima subjetivo que envolvía a la intelectualidad crítica de aquel entonces, se caracterizaba por una vocación por la política y el trabajo en los espacios públicos. Prevalecía la idea de que el cambio de las condiciones de la vida social era necesario e impostergable. En ese sentido, se comienza a reflexionar sobre el lugar social del especialista y su responsabilidad como crítico, tambaleando las ideas de apoliticismo y neutralidad del analista. El trabajo en el espacio público gestó otro estilo, tanto por el cruce con saberes diversos en los equipos de salud o en el trabajo institucional, como porque empezaron a plantearse articulaciones entre sus prácticas como analistas y otras dimensiones de la experiencia social. Se trataba de trabajadores de la salud que "(...) pensaron los vínculos entre prácticas "psi" y la ideología; la política, las instituciones del estado y la sociedad" (Percia, 1991, p.32). Este tipo de intervenciones no eran fruto de una postura personal del trabajador o de un gesto asistencialista de ayuda a los sectores más necesitados, sino que eran producto de una posición en favor de la garantización de los derechos sociales.

Actualmente, esta mirada sigue vigente en la mencionada Ley N° 26.657 (2010), que recupera la relevancia de la garantización de los derechos como fundamento de la salud. En el artículo n° 3 se define la salud mental como un proceso con múltiples componentes "(...) cuya preservación y mejoramiento implica una dinámica de construcción social vinculada a la concreción de los derechos humanos y sociales de toda persona". Esta concepción que contempla los determinantes del proceso salud-enfermedad, deja establecida la necesidad de intervenir de manera interdisciplinaria e intersectorial en función de atender dicha complejidad.

Desde ésta ley, se señala la relevancia de fomentar prácticas que sean promotoras del ejercicio de derechos, sosteniendo un modelo alternativo a las lógicas tutelares, disciplinarias o punitivas. Se apunta a generar las condiciones para que los usuarios se reconozcan como sujetos activos y deseantes. Dicha apertura parecería lograrse a partir de habilitar procesos participativos y potenciar la capacidad de agencia en relación a solución de las problemáticas que les acontecen. Desde allí, emerge la

Procesos de vulnerabilización social e intervenciones subjetivantes

Según Fernández y López (2005), en Argentina los procesos de vulnerabilización social se enfatizaron a partir de la crisis producida en el 2001. Dichos procesos se sostienen en un conjunto de estrategias biopolíticas que incluyen la precarización económico-laboral, la crisis de los procesos identificatorios y la desafiliación. Estas estrategias afectan de maneras específicas el psiquismo de los jóvenes, configurando procesos de destitución subjetiva que se expresan en sentimientos de culpa, apatía, el empobrecimiento de la imaginación y la paralización de la capacidad de iniciativa. También se evidenció la dificultad de los jóvenes para "(...) imaginar proyectos de futuro, de invertir sus prácticas cotidianas de sentido de progreso, el desfundamiento de sentido social de proyectos emancipadores, el quiebre de los procesos identificatorios con el pasado de luchas populares" (Fernández y López, 2005, p.133). Las pocas o lábiles pertenencias institucionales, produjeron formas existenciales y prácticas de vida de un presente que pareciera no tener brújula.

Desde la sociología, Castel (1997) plantea que la precarización laboral, el desempleo masivo, la inadecuación de los sistemas clásicos de protección y el aumento de la cantidad de personas consideradas supernumerarios fueron las problemáticas que se enfatizaron a partir de los 90'. Para el autor, los supernumerarios son quienes atraviesan un proceso de marginalización profundo. Son ubicados en los intersticios de la estructura social sin poseer un lugar asignado que les provea reconocimiento. Según este autor, son considerados inútiles para el mundo por no poseer las competencias valoradas social y económicamente. La inutilidad social produce también su descalificación en el plano cívico y político. Esta constituirá la nueva cuestión social: la cuestión de la invalidación social y la posibilidad de integración.

A menudo, quienes atraviesan este proceso de marginalización profundo son representados por diferentes actores sociales (del campo de la salud, educación, medios de comunicación, entre otros), a partir de generalizaciones que derivan de ciertas imágenes estereotipadas. Desde allí, se invisibilizan las marcas singulares de quienes forman parte de estas poblaciones y, consecuentemente, se produce un silenciamiento de sus voces en relación a las problemáticas que atraviesan.

Campos et al. (2008) investigaron lo que sucede cuando los trabajadores de los equipos de salud y de educación identifican a una población exclusivamente como pobre, desvalida y degradada. Puede ocurrir que asuman una función mesiánica que los coloque como sus únicos salvadores. Así se "(...) fija a la población en un lugar de eternos carenciados y dependientes de una política pública que ellos no tienen ninguna obligación ni de formular, ni de controlar: ellos solo tienen derecho de pedir y recibir" (pp. 177-178). Por otro lado, pueden acontecer procesos de identificación imaginaria entre trabajadores y usuarios. Si la población del área de cobertura es vista como carenciada y desvalida, después de un tiempo, el propio equipo se verá a sí mismo de esta manera y se inhabilitará para la acción.

Según Minnicelli (2013), muchas veces los equipos que trabajan en territorio se quedan esperando que un Otro (Estado) resuelva, paralizados ante las pequeñas pero significativas posibilidades cotidianas de realizar ceremonias mínimas que hagan interferencia ante lo mortificante del sistema. El Estado se les suele presentar como un complejo aparato que viven extranjero a sí mismos, que nunca cumple para todos las mínimas expectativas. Sin embargo, no queremos soslayar que los trabajadores de la salud mental también forman parte de este mismo entramado estatal que nos liga: como portadores de cierta función social y en las investiduras que el propio Estado y sus formas de regulación les otorgan.

Por otro lado, cuando las diferencias sociales son explicadas por los profesionales en tanto trazos fijos, estáticos, que forman parte de la esencia o naturaleza de una

alteridad; se construye una noción de otro que lo condena a la pasividad y lo desubjetiva. Allí la otredad refleja y representa la antítesis de la propia identidad. La fijación aparece como un modo de representación que supone el uso de estereotipos como principal estrategia discursiva. Los estereotipos son "(...) una modalidad de conocimiento e identificación que vacila entre aquello que está siempre en un lugar ya conocido o (...) esperado, y algo que debe ser ansiosamente repetido" (Duschatzky y Skliar, 2001, p.191).

Según Duschatzky y Skliar (2001), la modernidad se sirvió de una lógica binaria para denominar de distintas formas al componente negativo de la relación cultural: marginal, loco, deficiente, drogadicto, extranjero, etc. Se sostiene la hipótesis de que la fijación en estos lugares podría funcionar como elemento que dificulte la posibilidad de direccionar activamente su trayectoria vital (por fuera de los límites que dichas expectativas imponen). Hay un mandato específico, un deber ser y mecanismos que operan obturando la posibilidad de ocupar un lugar distinto en la sociedad que el depósito de las fallas sociales. Entonces, ¿qué efectos podrían tener estos discursos en las niñas, niños y adolescentes que están en pleno proceso de constitución psíquica?

Volnovich (2009) ensaya una posible respuesta:

(...) en una sociedad donde la exclusión social es norma, en una cultura que solo desea la desaparición de los "marginales", de los que sobran, el deseo de muerte se inscribe en el inconsciente de los pibes y de las pibas como discurso del "Otro" y se expresa a través de pasajes al acto destructivo hacia los demás y hacia sí mismos. (p.10)

Es necesario seguir problematizando el imaginario social que sostiene que ese es el único destino posible para los jóvenes que atraviesan procesos de vulnerabilización. Quizás sea posible "(...) abrir una brecha entre el sujeto y las ofertas de identificación mortíferas que el Poder propone, para que algo del deseo circule por ese espacio vacío" (Volnovich, 2009, p.10).

Fernandez y López (2005), ponderan las intervenciones en las que se posibilita a los jóvenes investir libidinalmente proyectos colectivos, como forma de quebrar las estrategias biopolíticas que (en el marco de las lógicas capitalistas) producen soledades. Establecen el desafío de crear condiciones que alienten "(...) modos de interacción que promuevan potencias imaginantes y de acción a partir de la articulación de saberes y prácticas colectivos(...)"(p.138). De esta manera, se realizan experiencias grupales que van a contramano de un destino de expulsión.

Entonces, ¿cómo acompañar en éstos contextos adversos los trabajos subjetivos que se dan en el pasaje por la adolescencia?

Este escrito se sostiene en el deseo de que la práctica del psicoanálisis se siga extendiendo hacia espacios y dispositivos que trascienden lo habitual. Referentes teóricos como los mencionados, permiten habilitarse para realizar una apuesta por la inclusión de herramientas creativas a fin de lograr intervenciones subjetivantes, desde una apertura al diálogo con otros saberes. Este tipo de intervenciones se producen desde una apuesta por la emergencia del sujeto.

Se considera que la marginalidad reenvía al sujeto a una posición de objeto, de anonimato que lo vuelve intercambiable, borrando su singularidad. Es así que, en los pequeños actos instituyentes, la función del psicoanalista crearía condiciones de posibilidad para lograr márgenes de protagonismo y de un hacer diferente en entornos hostiles. Podemos encontrar en el concepto de ceremonias mínimas de Minnicelli (2013) cierta equivalencia respecto al sentido de lo que se quiere transmitir cuando hablamos de intervenciones subjetivantes. Para esta autora, las ceremonias mínimas funcionan "(...) como analizador de lo estereotipado y como chance para poner en movimiento una cadena de significaciones (p.11). Allí es posible generar condiciones para que algo de la subjetividad advenga, para que la palabra pueda desplegar, sostenerse y pueda

circular, aún en situaciones adversas.

En definitiva, este recorrido de escritura nos invita a visibilizar la potencialidad de la inclusión de la música como recurso en intervenciones en promoción de la salud

10

mental en el ámbito comunitario con adolescentes. Dichas intervenciones resultarían subjetivantes en tanto promueven la participación y la expresión singular, en el marco de un espacio-soporte comunitario. Sin embargo, previo a este desarrollo, es necesario construir cómo pensamos el lugar de la música y sus funciones en el psiquismo como parte de la cultura a ser transmitida.

La música, la creación y sus funciones en el psiquismo

“(…) lo musical no espera a la música para existir(…)”(Rodulfo,2017,p.162)

Para Rodulfo (2017), la música y lo musical cumplen funciones en el psiquismo que están íntimamente relacionadas. El autor considera que lo musical puede encontrarse en los sonidos que habitan en el ambiente y en las voces que nos rodean. También se hace evidente en los juegos vocales entre quienes cumplen funciones parentales y el pequeño infante. Además, considera que la música cumple funciones a lo largo de nuestra vida, porque existe “(…) una afinidad sintónica con ella, una resonancia indicadora de una comunidad de estructura: no es tanto (...) que lo musical entre fácilmente en un cuerpo que lo precedería, sino que lo musical hace de ese cuerpo un cuerpo (...)”(p.162).

A partir de ésta pequeña introducción, intentamos señalar el papel importante de lo musical en el psiquismo desde los primeros tiempos. Luego de esto, es posible introducir una definición de música elaborada por Vainer (2017). Esta idea estará presente a lo largo de este escrito y permitirá entender el sentido que se le otorga a la palabra cuando es utilizada en él.

Comúnmente, se suele decir que la música es un conjunto de sonidos organizados, definición adjudicada a Edgar Varèse, un músico vanguardista del siglo XX. Sin embargo, para Vainer (2017), la música es mucho más que sonidos. Ésta desborda el fenómeno sonoro porque es una experiencia en la que convergen cuerpos y relaciones en un lugar y tiempo determinado. La música es una experiencia en la que lo sonoro es una figura que sobresale de un fondo que determina sus contornos. Entonces, carece de sentido diferenciar tajantemente lo musical (sonoro) de lo extramusical (letras de canciones, modos de recepción, funciones sociales, impacto afectivo) en dicha experiencia.

Además, es una experiencia intersubjetiva, es contacto con otros. De hecho, la situación intersubjetiva es el fundamento determinante desde el cual podemos llamar música a un fenómeno acústico. La cultura determina el sentido que le damos a los sonidos. Para percibir combinaciones de sonidos como música, se pone en juego un sentido convencional compartido.

La música no es pensada como arte inmaterial sino como entramada con los contextos y situaciones en los que tenemos experiencias musicales. “La potencia de la música implica la experiencia intra, inter y transubjetiva que se da en dicho momento musical. Se anudan los diferentes cuerpos en una experiencia que lleva la huella de nuestra clase social, género y generación (...)” (Vainer, 2017, p.37). En este sentido, la música puede ser pensada como uno de los bienes culturales que en la transmisión posibilitaría a las nuevas generaciones apropiarse de elementos para construir su historia.

Otra perspectiva posible para continuar en la misma línea de reflexión es la de Winnicott (1971), para quien lo musical ocupa un lugar relevante desde los primeros

tiempos en la constitución subjetiva. Este autor sostiene que las melodías funcionan en este momento vital como objetos transicionales. Considera que existe una zona intermedia de la experiencia que se ubica entre la realidad interior (lo subjetivo puro) y la vida exterior (objetiva, basada en la prueba de realidad). Esta zona existe como un lugar de descanso para los seres humanos, quienes nos dedicamos perpetuamente a la tarea de mantener a la vez separadas e interrelacionadas la realidad interior y exterior. De la

11

zona intermedia se deriva la construcción y uso de objetos y fenómenos transicionales por parte del bebé, la primera posesión no-yo que adquiere gran importancia en los momentos en los que se dispone a dormir o cuando está en soledad, ya que es una defensa contra la ansiedad de separación. Ésta última, en cantidades excesivas, podría producir una ruptura en la continuidad de su experiencia. Resultan de gran importancia porque simbolizan el objeto de la primera relación, según el autor, el pecho materno. Los objetos o fenómenos que cumplen ésta función pueden ser muy variados: un puñado de lana, la punta de una frazada, una palabra, una pauta de conducta, una melodía, etc.

Tanto objeto como fenómeno transicional tienen la función de crear en el ser humano algo de vital importancia el resto de su vida, "(...)una zona neutral de experiencia que no será atacada"(Winnicott, 1971, p.30). La tarea de aceptación y adaptación a la realidad nunca queda terminada, nunca nos encontramos libres de la tensión que significa vincular la realidad interior con la exterior. El alivio de esta tensión lo proporciona esta zona intermedia de experiencia que no es objeto de ataques o cuestionamiento respecto de su pertenencia a una realidad interna o compartida. Esta zona es una continuación de la zona de juego del niño y "(...) se conserva a lo largo de la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y la religión, a la vida imaginativa y a la labor científica creadora" (Winnicott, 1971, p.32).

Entonces, desde la infancia se va construyendo en el psiquismo una tercer zona. Dicho espacio potencial está involucrado en los procesos creadores y protege al psiquismo, a fin de que las perturbaciones que la realidad impone puedan ser elaboradas y su impacto no produzca grandes rupturas en el sí mismo. En este trabajo elaborativo, tienen su lugar las artes. Dentro de éstas últimas, podríamos incluir la música.

En consonancia con lo anterior, Rodulfo (2017) construyó una reflexión en torno a las funciones protectoras que la música cumpliría a lo largo de la vida. Considera que la música acompaña "(...) hace de fondo a los más diversos escenarios de la cotidianidad, desde el erótico hasta el del trabajo o el de la guerra(...)" (p.161). Lleva a cabo acompañamientos singulares aunque no la estemos escuchando atentamente. Según el autor, se juega allí una función de holding (sostenimiento) que tiene como precedente el despliegue de la escena musical que se da cuando a un bebé le cantan para que pueda dormir. De acuerdo con esta idea, la música constituye una segunda capa de ambientación superpuesta a la original, produciendo un nuevo efecto ambiental que nos hace más tolerable (incluso) el horror y el espanto de la vida. Desde allí, es posible hipotetizar una de las funciones que la música podría tener en el trabajo de simbolización que llevan a cabo quienes viven en situaciones de vulnerabilidad social.

Winnicott (1971) hace de la creatividad casi un sinónimo de salud, es una "(...) coloración de toda la actitud hacia la realidad exterior" (p.93). Desde su punto de vista, es característica del vivir en su totalidad en un estado saludable. La apercepción creadora sería lo que hace que la vida valga la pena vivirse, es un particular enfoque de la realidad exterior. Por el contrario, el puro acatamiento implica un sentimiento de inutilidad y es una base enfermiza para la vida. Desde el acatamiento, se reconoce al mundo como algo en lo que es preciso encajar o exige adaptación.

Aún así, el autor nos advierte que no hay que asimilar rápidamente esta idea del vivir creador con la producción de obras de arte. Se plantea que aunque un sujeto pueda,

por ejemplo, ser capaz de producir algo valioso en términos artísticos (por su belleza, impacto o destreza) cabría la posibilidad que este artista, aún rodeado por la aclamación universal no encuentre su persona en esa obra que creó. “La creación terminada nunca cura la falta subyacente del sentimiento de persona”(Winnicott, 1971, p.81). Por otro lado, el impulso creador es necesario no solo para el artista que produce una obra sino que también se presenta cuando cualquier persona (niño, adolescente, adulto o anciano) contempla algo de manera saludable o hace algo de manera deliberada. Entonces, el autor considera lo creativo como parte de lo vital. A su vez, nos advierte que esta capacidad que debiera atravesarnos en lo cotidiano no necesariamente se desarrolla a partir del contacto con lo artístico.

12

En relación con lo anterior, Pescetti (1996) sostiene la importancia de promover la exploración de la creación y la imaginación desde la infancia, a partir de talleres de juego con lo musical. Su punto de vista resulta interesante, justamente por su concepto de creatividad, que en algún punto podríamos emparentar con el de Winnicott. Actualmente, la creatividad es un valor relevante desde una lógica empresarial. Ser creativo se asocia con la capacidad de producir más y mejores objetos e ideas originales. Incluso encontramos muchos libros dedicados a mejorar la creatividad para obtener un mejor rendimiento en la vida diaria. Sin embargo, el autor considera que es necesario correr el foco de los objetos producidos para centrarnos en el sujeto y en lo que el hecho creativo produce en él. Sostiene que un mundo imaginario empobrecido coloca a las personas en condiciones de aceptar sumisamente las condiciones de existencia que le son impuestas, quedando inerte frente a las fuerzas que condicionan la existencia. Por el contrario, enriquecer el mundo imaginario permite ensanchar los límites de lo que consideramos posible. Considera que habitar espacios que promuevan la imaginación no debería ser un lujo, sino que es una cuestión vital a ser garantizada para todas las personas.

No se trata de impulsar un idealismo ingenuo, sino de que comprendamos algo muy sencillo: nadie busca lo que no concibe. Por eso es esencial que "lo posible" crezca, se ensanche, conquiste nuevos territorios (primero adentro nuestro para luego aventurarnos a buscarlo afuera). (Pescetti, 1996, p.110)

De este modo, se considera que quien no se posiciona como agente en relación a su potencia creadora se encontraría limitado en el deseo. El desear implica la mínima sospecha de que existen otras opciones, que lo que se vive no es lo único posible. Entonces nos preguntamos, ¿cómo promover espacios que permitan garantizar el derecho a experimentar procesos creadores?

Winnicott (1971) considera que es en el juego que el niño o el adulto tienen la libertad de ser creadores. Tal es la importancia del juego, que afirma que si el terapeuta no sabe jugar no está capacitado para su tarea, ya que “(...) la psicoterapia se realiza en la superposición de las dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta” (p.80). En el juego el paciente se muestra creador. En consecuencia, este psicoanalista recupera la potencia del juego y la creación como procedimientos a promover no sólo en la infancia. A partir de esto, el ser humano experimentaría la vida en la zona de fenómenos transicionales, en un entrelazamiento entre la realidad interna y la compartida.

El concepto de experiencia cultural amplía el alcance de lo que sucede en los fenómenos transicionales y el juego. Ésta se ubica en el espacio potencial que se construye entre el individuo y el ambiente y solo se establece si existe un sentimiento de confianza en los elementos ambientales. La experiencia cultural comienza con el vivir creador, cuya primera manifestación es el juego. Pero, ¿qué es la cultura para este autor?

La cultura es “(...) algo que está contenido en el acervo común de la humanidad, a

lo cual pueden contribuir los individuos y grupos de personas y que todos podemos usar si tenemos algún lugar en que poner lo que encontremos” (Winnicott, 1971, p.133). Así hay un juego recíproco entre la originalidad y la aceptación de la tradición que es la base para cualquier inventiva, ya que en el campo cultural sólo es posible ser original sobre la base de la tradición. El enfoque de este autor resulta ser un aporte fundamental para pensar el lugar de la cultura en la constitución del psiquismo y durante toda la vida. Si bien la cultura es tradición heredada, esto no ubica a los sujetos únicamente como receptores pasivos o consumidores de ella sino como co-creadores que pueden modificarla en tanto tengan experiencias.

En síntesis, a partir de los aportes de los autores, podemos hipotetizar que se generan condiciones de posibilidad para contribuir en la cultura y transformar las condiciones de vida cotidianas en tanto se trabaje para promover espacios de despliegue de la creación, la ficción, la imaginación y el juego. La práctica analítica podría “(...) ofrecer oportunidades para la experiencia informe y para los impulsos creadores, motores y sensoriales, que constituyen la materia del juego”(Winnicott, 1971, p.91).

13

Por otro lado, recuperamos otras ideas de Vainer (2017), quien sostiene que la música puede tener tres funciones diferentes. En primer lugar, puede estar al servicio de la alienación y cosificación. Un ejemplo del primer caso sería el de la música funcional, que permite soportar todo un día de trabajo o aumentar la necesidad de consumir en un centro comercial. En segundo lugar, la música puede ubicarse al servicio del encierro narcisista fusional. En el segundo caso, se hace referencia a la amplia difusión de oír música con auriculares que puede generar distancia con los otros, armando un espacio privado que aísla y protege al individuo de un exterior vivido como agresor. Por último, la música es capaz de promover procesos de subjetivación. En este sentido, es posible incluirla a fin de recrear un espacio-soporte subjetivo que dé cuenta de la alteridad del otro, que acepte a un tercero. Los sonidos podrían ser un soporte para permitir la subjetivación y los encuentros intersubjetivos. El autor cita como un ejemplo extremo lo que sucedió en los campos de exterminio nazis, en donde los prisioneros se unían en grupos de música clandestinos que les permitían conectarse con la cotidianidad anterior al exterminio y sopesar el traumatismo y desvalimiento.

En relación con lo anterior, Leale (2010) considera que cualquier manifestación del arte es uno de los modos simbólicos de colocar un límite (precario,transitorio) a la muerte, creando espacios transicionales de soporte. El autor señala que la muerte se presenta en el contexto actual argentino bajo las formas más diversas: violencias, maltratos, consumo problemático de sustancias, delincuencia o prostitución vividas como destinos manifiestos, dificultades para elaborar simbólicamente la realidad,etc. Según él, “el arte, que es una necesidad y un derecho humano, permite el enriquecimiento de la imaginación y, desde esta perspectiva, abre un acceso a los bienes simbólicos” (p.275). En particular, señala la importancia de las experiencias que provienen del arte del común, arte popular tales como: murgas, teatro callejero, títeres, entre otras formas gráficas o musicales posibles. Considera que son óptimos vehículos que están disponibles en la inmediatez y no requieren, en principio, de demasiada infraestructura. Tienen a su favor: la posibilidad de admitir grandes grupos, permitir la elaboración colectiva y, lo más relevante quizás, en la dimensión de la experiencia tienen continuidad directa con el espacio de juego.

Transmitir para construir un futuro

Porque si la repetición inerte implica con frecuencia una narración sin ficción, la transmisión reintroduce la ficción y permite que cada uno, en cada generación, partiendo del texto inaugural, se autorice a introducir las variaciones que le permitirán reconocer en lo que ha recibido como

herencia, no un depósito sagrado e inalienable, sino una melodía que le es propia. (Hassoun, 1996, p.178)

En este capítulo, se intenta pensar el lugar de la música en tanto bien cultural capaz de ser transmitido. Ésto en función de reflexionar acerca del lazo intergeneracional que se sostiene y refuerza mediante la donación y apropiación de este tipo de bienes simbólicos.

Según Hassoun (1996), la transmisión constituye un tesoro que cada quien fabrica desde los elementos que fueron brindados por las figuras parentales y otras figuras del entorno. Estos elementos son remodelados por encuentros azarosos y acontecimientos. Se articulan a lo largo de los años con la experiencia cotidiana, desempeñando una función principal: ser fundante del sujeto y para el sujeto. Este sujeto "(...)" está representado en sus fantasmas inconscientes por elementos culturales vehiculizados por la lengua" (p.122). Cada cual organiza la lengua común, alrededor de algunos elementos del lenguaje y la cultura que están marcados por una historia singular.

La persistencia de los hechos culturales que proceden del lazo social, inscribe a un grupo en la continuidad y asegura (de cierto modo) que cada generación no se verá confrontada a algo nuevo, inquietante y radicalmente extranjero, sin ningún nexo con lo

14

que los precede. No se puede entrar en contacto con lo nuevo o discontinuo si no es reconociendo allí una parte de familiaridad.

La transmisión será análoga a la creación artística, cuyas pequeñas imperfecciones, sus pequeñas fallas, harán que cada uno pueda reconocer en ese tesoro la marca de lo que ha sido repensado por cada generación. La transmisión hace de la tradición un andamio (sostén esencial y superfluo a la vez) que cuando termina la construcción es quitado, esperando a otro que tenga la necesidad de usarlo nuevamente. Se considera que la sujeción del sujeto a la tradición y valores destinados a la petrificación, pondría en evidencia la muerte de la creación.

A nivel familiar, la transmisión permite sostener la ilusión de que quienes cumplieron las funciones parentales viven en la herencia que legan a su descendencia. Lo mismo sucede a nivel de las comunidades, sobre todo en aquellas cuyas singularidades intentan ser borradas. La preocupación por la transmisión se hace consciente en los grupos sociales que están sometidos a estas conmociones profundas. A menudo, algunos de sus integrantes son enfrentados a un pasado que ignoran y aparece como enigmático. En este caso, ningún discurso puede enunciar lo que le hubiera permitido dialectizar un sentimiento de inquietante extrañeza. Se sostiene allí la necesidad de clarificar el presente mediante una historia casi mítica que proporcione raíces al porvenir.

Según Korinfeld, Levy y Rascovan (2013), la integración sociocultural de las nuevas generaciones es una adaptación activa y dialéctica con el medio. Los adolescentes "(...)" trabajan para des-ordenar las convenciones del lenguaje adulto y des-alienarse de los significantes parentales (...)"(p.41). Para facilitar que esto se produzca, la función de lo adulto provee hospitalidad y sostén, alojando las diferencias. Los trabajos psíquicos de resignificación identificatoria que se dan en la adolescencia requieren de la presencia de un otro que asuma una posición adulta. El adulto provee reconocimiento a esa producción psíquica y soporta la confrontación, acompañando al adolescente en la búsqueda de autonomía.

Aulagnier (1991) plantea que para el yo del adolescente será necesario devenir aprendiz historiador. Antes de conquistar su autonomía, deberá ser reconocido como coautor de la historia que se escribe. De esta manera, podrá apropiarse, elegir en nombre propio e invertir el recuerdo de un conjunto de experiencias agrupadas en el pasado. El

yo no puede auto-pensarse o auto-investirse si no se sitúa en parámetros relacionales, ya que él mismo es vestigio de un momento relacional. Según la autora, en la adolescencia se realizan ciertas tareas reorganizadoras del tiempo lógico de la infancia. Se trata de un trabajo de poner en memoria y en historia este tiempo pasado y perdido que solo existirá psíquicamente a partir de esta elaboración, obra del yo. Para poder investir el presente y orientarse en él, es insoslayable “(...)hacer pie sobre un número mínimo de anclajes estables de los cuales nuestra memoria nos garantiza la permanencia y la fiabilidad” (Aulagnier, 1991, p.442).

Así, el sujeto selecciona y se apropia de elementos constituyentes de un fondo de memoria gracias al cual puede “(...) tejerse la tela de fondo de sus composiciones biográficas” (Aulagnier, 1991, p.443). Puede asegurarse que, a pesar del devenir y de las modificaciones, persiste una “mismidad” en un yo condenado al movimiento.

Hassoun (1996) plantea que a partir de las preguntas por el origen (¿de dónde vengo?), el destino (¿a dónde voy) y lo identitario (¿quién soy?), somos capaces de situar cada uno un recorrido propio en función de lo que nos ha sido transmitido. Este itinerario personal se construye a partir del reconocimiento de lo propio enlazado o vinculado a un pasado, es decir, de la inscripción en una genealogía. Así se logra distinguir la filiación o pertenencia respecto de una cultura.

La pertenencia no se reduce a la mimesis o imitación a nuestros antecesores. No se puede vivir lo que los ancestros han conocido ni reproducir el mundo de antes. Este solo podrá ser traducido e interpretado, confrontado con otras culturas que tienen lugar en el contexto actual. El eterno retorno de lo mismo o dramático apego a un pasado siempre presente, es lo que nos prohíbe crear, inventar, hacer nuestro propio camino

15

como sujetos deseantes. Por el contrario, una transmisión lograda prepara al joven para afrontar las dificultades de la existencia. El silencio en relación a un pasado sepultado y un presente en devenir, puede tener como efecto la imposibilidad de participar en la vida social. La pregunta del sujeto por el origen remite a fin de cuentas a un intento de saber en que deseo está inscripto. “Es a partir de la herencia que me ha sido transmitida que puedo, al superarla, participar de situaciones nuevas que a priori me resultarían desconocidas” (Hassoun, 1996, p.145).

Según Minnicelli (2013), cuando un escenario social se prepara en clave de hospitalidad, en donde no es indiferente la presencia de uno u otro, hay otra disposición anímica en los jóvenes. Cuando algo de lo propio es albergado en esos lugares que nos hacen sentirnos reconocidos se genera pertenencia, es decir, el valor de sentirse parte o incluido.

Por otro lado, la autora sostiene que en la actualidad nos enfrentamos a un borramiento de una trama narrativa que evidencie continuidades y discontinuidades históricas en los modos de definir los asuntos humanos. Ésta falta de narrativas evidencia la importancia de recuperar relatos, en función de organizar la memoria colectiva de la comunidad. “Narración pensada como un intento de crear otras significaciones en la transmisión simbólica de los bienes culturales (...)” (Minnicelli, 2013, p.132).

Para la autora, es relevante crear espacios transicionales apelando a la mediación de objetos facilitadores de expresiones, tales como los artísticos, para que la posibilidad de otra experiencia pueda emerger.

La música como vehículo en la promoción de salud mental comunitaria

¿Qué es posible hacer para reintroducir en el juego social a estas poblaciones invalidadas por la coyuntura, y poner fin a una hemorragia de desafiliación que amenaza con dejar exangüe a todo el cuerpo social? (Castel, 1997, p.23).

En el presente apartado, se recuperan algunas prácticas comunitarias en las que a partir de experiencias musicales se realizan intervenciones en promoción de la salud. Mencionar estas experiencias hace posible ver cómo operan este tipo de conceptos acerca de la cultura, el arte y la música, en particular. Para ello, se seleccionaron experiencias vinculadas a la música popular y las fiestas callejeras, por un lado, y otras en las que la experiencia musical está relacionada con la apropiación de elementos de la música académica y las orquestas.

La pregunta de Robert Castel que recuperamos al comienzo de este capítulo, nos motoriza en la búsqueda de alternativas de intervención ante la fragilización de las redes de contención comunitaria. Cómo trabajamos en el segundo capítulo, los procesos de vulnerabilización social producen soledades y generan pocas o lábiles pertenencias institucionales. Es a partir de este contexto que, según Leale (2016), la praxis preventivista y de promoción de salud está ganando creciente importancia en todos los espacios del campo de la salud. Esto en función de que hace posible abordar en lo comunitario problemáticas psicosociales complejas (violencias, consumos problemáticos, situaciones de desamparo, etc.) a partir del trabajo con grupos, instituciones o colectivos sociales, constituyendo soportes institucionales.

Cabe aclarar, existen diferencias entre las estrategias de prevención de enfermedades y las de promoción de salud. Aunque, como sostiene Marchiori Buss (2008), es más fácil distinguirlas en lo teórico que en la práctica. Además, una misma intervención puede funcionar a modo de prevención o promoción dependiendo de cómo esté fundamentada.

La prevención "(...) se orienta a la detección, control y debilitación de los factores de riesgo o factores causantes de enfermedades (...)" (Marchiori Buss, 2008, p.40). Es una estrategia diseñada y puesta en marcha por profesionales o técnicos. Por su parte, la promoción de la salud busca modificar las condiciones de vida de la comunidad a fin de que sean dignas. Es una estrategia más general que la de prevención y requiere de la

16

acción combinada de políticas públicas que modifiquen el ambiente. Además, implica el protagonismo de los individuos no-técnicos en la planificación, puesta en acto y evaluación de las acciones.

La Carta de Ottawa es el punto de partida que instala un marco de referencia diferencial para planificar acciones en promoción de salud. Este documento fue elaborado en 1986 por la Organización Mundial de la Salud. Según Augsburger (2004), el concepto de promoción de la salud que se sostiene allí está directamente ligado a mejorar las condiciones de vida y el bienestar de las personas o grupos involucrados. De este modo, se distancia del eje histórico de las intervenciones en el sector salud cuyo foco era el desarrollo de estrategias reparadoras, de cura o rehabilitación de la enfermedad.

Por otro lado, el documento hace hincapié en la importancia de lograr una coalición o alianza intersectorial para realizar este tipo de intervenciones ya que se considera que la salud y la enfermedad son problemas complejos que reconocen una multiplicidad de factores determinantes. De ésta forma, las problemáticas que la realidad nos presenta son más complejas que las parcelas de conocimiento que instituimos en nuestra organización social. Entonces, se establece que la salud se promueve a partir de proporcionar "(...) condiciones de vida decentes, buenas condiciones de trabajo, de educación, cultura física y formas de esparcimiento y descanso" (Augsburger, 2004, p.67). Este fin se podría lograr sólo a partir del esfuerzo coordinado entre diversos sectores e instituciones: laborales, de salud, educación, políticos, etc. Se pretende estimular aquellos factores que contribuyen a la mejora de la salud en desmedro de los que potencian el sufrimiento.

Otro aspecto significativo, es el interés por fomentar la participación efectiva de los

grupos sociales en la comprensión y transformación de los determinantes de su situación de salud. La determinación de los problemas en juego se realizará teniendo en cuenta las diversas miradas de los agentes en juego, sin jerarquizar una mirada por sobre otra. Se busca descartar el modelo vertical de saber y autoridad profesional. En definitiva, lejos de entenderla como un asunto privado, se ubica "(...) la salud y su protección en el plano de un derecho que debe ser instalado y ejercido en todos y cada uno de los espacios sociales (...)"(Augsburger, 2004, p.71).

Dicho esto, en este escrito se eligen abordar las estrategias de promoción de la salud porque se considera que es un abordaje que se fundamenta en la idea de que la salud no es solo ausencia de enfermedad, contemplando sus múltiples determinantes. Además, se considera que fomentar la participación activa de la comunidad en estos proyectos hace más probable que se den procesos de subjetivación, posibilitando que agentes de la comunidad ocupen una posición activa en lo que respecta a las problemáticas que les conciernen.

Bang (2016) nos provee un recorrido posible para continuar reflexionando acerca de la articulación entre la producción de arte y promoción de la salud, una articulación que le permite trabajar desde el Psicoanálisis en lo comunitario. Lo interesante de los acontecimientos que analiza la autora, es que en ellos se visibiliza el trabajo de profesionales de la salud/ salud mental en un espacio no convencional, insertos en la vida cotidiana de la comunidad. En este sentido, se ensancha el campo de acción y se genera un interjuego entre lo que sucede en las calles y los dispositivos institucionales.

A partir de su arduo trabajo junto a la red de instituciones Rioba de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la autora produce un concepto de promoción de la salud que nos permite entender la dirección de algunas de sus prácticas. Este concepto se aleja de la perspectiva normativa en promoción de la salud. Cuando a mediados del S. XX se empezaron a diseñar políticas de promoción de la salud, el enfoque de las estrategias de abordaje era el fomento de la actividad física, la alimentación y los hábitos saludables en función de contribuir en la mejora de la calidad de vida. Si bien son aspectos relevantes, algunas veces derivan (desde una lógica neoliberal) en campañas que acentúan la idea de que encontrar soluciones para atender las problemáticas en salud-enfermedad es exclusivamente una responsabilidad individual. Wald (2011) sostiene que en Argentina el discurso de promoción de la salud ha sido criticado en tanto que retórica vacía. Esto

17

porque se plasma en programas que responden a modelos teóricos de base conductista e individualista y no logran instalar una lógica de trabajo intersectorial y transdisciplinar, organizando la intervención sólo desde el sector salud.

En contraposición a ésta perspectiva normativa, Bang (2016) ubica las prácticas de la red "Rioba" dentro de la promoción de salud mental comunitaria. Desde esta mirada, la participación de la comunidad sería un factor de salud mental, ya que actúa en favor de la restitución de lazos de solidaridad social, alejándose de lo patologizante de vivir situaciones conflictivas de manera individual y pasivamente. En estas prácticas, los sujetos de la comunidad intervienen necesariamente en la toma de decisiones sobre las problemáticas a abordar, constituyéndose como activos en la transformación de sus realidades. La autora construye su propia idea de promoción de salud "(...) referida al fortalecimiento de la capacidad colectiva para lidiar con los múltiples condicionantes de la salud y la vida" (Bang, 2016, p.25).

Las ideas de ésta autora se relacionan con lo postulado por Marchiori Buss (2008). Según este autor, la promoción de la salud es una estrategia social, política y cultural en donde la salud misma es definida según las coordenadas espacio-temporales. Esto implica el protagonismo de sujetos no técnicos y movimientos sociales en esta definición, procurando identificar los macrodeterminantes de su proceso salud-enfermedad y transformándolos favorablemente en orientación a la salud. Además,

supone la efectiva participación de la población desde la formulación de la estrategia, hasta la puesta en práctica y evaluación. Para el autor, el objetivo de este tipo de acciones en salud es que sus participantes puedan progresar hacia estadios de "(...) mayor fortaleza estructural, mayor capacidad funcional, mayores impresiones subjetivas de bienestar (...)" (Marchiori Buss, 2008, p.40).

Se establece que la estrategia de promoción de la salud ha estado estrechamente ligada a intervenciones psicoeducativas, cuyo ideal ha sido promover el aprendizaje de conductas socialmente deseables. Sin embargo, desde la perspectiva de estos autores, es posible y deseable que esta estrategia se conjugue con los ideales de la atención primaria de la salud, a partir de los cuales, cobran valor los saberes y las decisiones de las comunidades en las intervenciones.

Bang (2016) señala la especificidad de la experiencia con la red de instituciones Rioba. Considera que en ella, los diferentes lenguajes artísticos (música, pintura, artesanías, teatro, etc.) se conjugan en fiestas o eventos callejeros que crean un espacio privilegiado para visibilizar y representar simbólicamente en lo público las diversas identidades culturales que alberga este barrio de Buenos Aires poblado de inmigrantes procedentes de diferentes localidades argentinas y de otros países. No sólo se estimula el vínculo entre vecinos, sino que también se genera un puente intergeneracional.

Sin embargo, ésta autora también plantea que sería una visión muy simplista creer que el arte y todo acto creativo en sí mismo es sinónimo de salud. Allí el arte está ligado al encuentro y los ritos colectivos, es arte popular, concepto que la autora toma del crítico de arte Ticio Escobar. Lo popular estará dado por el reconocimiento que otorgue la comunidad a la manifestación artística, ya que contiene la posibilidad de hacer manifiestas "(...) determinadas situaciones históricas desde la óptica de una comunidad que se reconoce en sus signos y se sirve de ellos para comprender dichas situaciones y actuar sobre ellas" (Bang, 2016, p.29). Por otro lado, considera que fomentar este tipo de creaciones podría resultar valioso a los fines de explorar cuáles son las necesidades y demandas existentes en una comunidad e instrumentar los recursos disponibles en búsqueda de su resolución.

En estos dispositivos, también se hacen visibles las experiencias cotidianas de diversos grupos humanos. Así aumenta su participación en la producción de bienes culturales que circulan en otros sectores de la sociedad. Desde esta perspectiva, se buscará dejar de apreciar el arte desde un lugar de solemnidad y pasividad. En estas experiencias se recuperan los grandes tesoros domésticos tales como: el canto de las madres a los niños, en donde la afinación, la complejidad y originalidad de la pieza pasa a un segundo plano. Se pretende anular aquel juicio que solo reserva la potestad de

18

producir obras a una minoría conformada por artistas profesionales/académicos, permitiendo la exploración y el juego a partir del encuentro con otros. Una experiencia comunitaria similar es la Leale (2010), quien junto a un equipo conformado por la Cátedra de Psicología Preventiva de la UBA y dos musicoterapeutas presentan un proyecto para recuperar La Como Salga, una murga perteneciente a un barrio ubicado en la desembocadura del Río Matanza-Riachuelo. A partir de entrar en diálogo con diferentes actores sociales del barrio, se hace manifiesto que los padres, vecinos y los trabajadores de salud asumen con resignación que los jóvenes del barrio tienen como única posibilidad de sustento económico la vinculación con la delincuencia, el narcotráfico hormiga o la prostitución.

Eligen la murga para realizar la intervención porque sostienen que es una expresión sonora que se encuentra liberada de la connotación imperativa y agresiva que para estos jóvenes tiene la palabra hablada. Uno de los niños participantes "(...) podía hacer más cosas con el redoblante que hablando; algo en su historia con el lenguaje no le permitía usarlo creativamente" (Leale, 2010, p.280). Se busca realizar un pasaje de la

descarga inmediata a la mediación simbólica que supone el trabajo de elaboración y la creación de canciones realizado colectivamente. Se hace posible ejercitar la capacidad de simbolización, de espera; enriquecer los procesos de pensamiento, expresión y tramitación de los conflictos y temores de los chicos. Se trabajó para constituir una grupalidad con un sentido no estigmatizante, sino de reconocimiento, que facilitara la integración sociocultural.

El reconocimiento facilita la apropiación del proyecto por parte de sus participantes, adquiriendo un protagonismo real en la toma de decisiones respecto a las problemáticas a abordar y sus posibles soluciones. Como plantea Leale (2016), intervenir psicosocialmente con el objetivo de promover la salud implica "(...) tomar aquellas cuestiones que generen sufrimiento psíquico (con afectación individual o colectiva) en las condiciones de proximidad temporal y espacial que resulten más favorables, para trabajar sobre ellos con las personas concernidas" (p.374). Así, la posición del trabajador de la salud es definida más como interviniente que como interventor, es decir, como quien co-construye junto con los grupos y actores sociales que participan en el proceso.

Por otro lado, también resulta relevante complejizar el presente escrito, realizando un desarrollo acerca de otras experiencias en las cuales se pone en juego la música académica en lo comunitario. Ésto en función de analizar otras posibles coordenadas de trabajo en nuestras intervenciones. En este caso, se trata de las experiencias de las orquestas comunitarias infanto-juveniles. Según Wald (2017), hacia comienzos de la década de los 90' empezó a extenderse en Latinoamérica el fenómeno de las orquestas comunitarias juveniles con fines de integración social y promoción de la salud. Se gestaron diversos proyectos cuyo fin principal era llevar la experiencia orquestal y la música académica a sectores de la población que no tenían acceso a ella.

Wald (2011), desde una perspectiva sociológica, realizó un estudio comparativo entre dos orquestas juveniles de la ciudad de Buenos Aires, haciendo hincapié en los efectos individuales y colectivos (reforzados mutuamente) en la promoción de la salud integral de los jóvenes que participan en ellas. Se propuso analizar las potencialidades de esta expresión del arte comunitario en contextos de vulnerabilidad y exclusión social. Considera que espacios como los mencionados junto con las murgas, comparsas, fiestas culturales y barriales son de gran relevancia para la inclusión de los jóvenes, porque promueven una forma de expresión participativa. El objetivo que orienta el trabajo de las orquestas es enseñar a tocar instrumentos sinfónicos a jóvenes que de otro modo no hubieran tenido acceso a una práctica de este tipo. Los resultados en términos de salud de estas iniciativas, no estaban predeterminados ni basados en un problema particular de salud causado por un comportamiento dañino en particular. Por el contrario, es un proceso integral que afecta diferentes aspectos de la vida cotidiana de los jóvenes.

Fueron entrevistados jóvenes, madres, padres y docentes vinculados a dos proyectos: la Orquesta Juvenil del Sur (gestionada por el Ministerio de Cultura) y la Orquesta Juvenil de Villa Lugano (gestionada por el Ministerio de Educación). Ambas

19

propuestas fueron planificadas y financiadas por el gobierno local. También se observa el fuerte vínculo intersectorial. Por ejemplo, una de las Orquestas trabaja junto al Ministerio de Seguridad que da un subsidio a los jóvenes participantes y el Ministerio de Salud que vincula a los talleres a un equipo de psicólogos y trabajadores sociales.

Wald (2011) detalla los resultados que estos proyectos han podido lograr. Considera que existen factores individuales que se desarrollan, tales como: la autoestima, las sensaciones de disfrute, la pertenencia, habilidades expresivas y cognitivas, habilidades para la negociación y resolución de problemas. Por otro lado, se promueve el desarrollo de factores colectivos: se generan redes sociales, vínculos comunitarios y de amistad y se adquieren habilidades para la organización del trabajo en grupo. Además, estos proyectos contribuyen a la construcción de una valoración positiva de las personas

que viven en contextos de vulnerabilidad social. Por otro lado, la sensación de orgullo sobre sí mismos incrementa su capacidad para exigir los derechos que les corresponden.

Muchos de los participantes consideran que han logrado conquistar (mediante la música) espacios tradicionalmente pertenecientes a otros sectores sociales. Las presentaciones de ambas orquestas en escenarios del circuito cultural porteño han sido definidas como una actividad central, altamente valorada por casi todos los jóvenes y sus padres. Las sensaciones de orgullo por el trabajo realizado y de confianza en sí mismos, se multiplican al momento de hacer alguna presentación importante. Estas presentaciones les permiten desafiar la mayoría de discursos y representaciones (equivocadas o parciales) que circulan sobre ellos.

Adquiere relevancia la posibilidad de realizar intercambios con personas de otros sectores sociales y visitar escenarios culturales desconocidos desde el lugar de quien tiene algo para mostrar y no de consumidor. Estos procesos refuerzan el deseo de seguir aprendiendo, de mejorar su habilidad en el instrumento. Este es un proceso en espiral, que lleva a algunos a querer hacer de la música su profesión o una actividad paralela al trabajo o al estudio que los acompañe en algún trayecto más extenso de su vida.

Si criticamos la generalización u homogeneización en la que incurren los medios masivos al valorar negativamente a los jóvenes de barrios populares, es necesario cuidarse de no caer en la misma tentación de generalizar desde los sectores académicos. En este sentido, se afirma que nunca serán unívocos los efectos de la participación en estas Orquestas u otros dispositivos similares en el proyecto vital singular de quienes asisten. Formar parte de un proyecto colectivo se imbrica en la construcción identitaria de los jóvenes, aunque esta construcción varía.

Wald (2011) sostiene que, aunque la integración social sea el fin privilegiado por muchas de las intervenciones en arte comunitario, "(...) los procesos de integración social son lentos, complejos, multidimensionales y muchas veces ambiguos" (p.18). Aún así, la autora observa diferencias entre las dos experiencias analizadas. La Orquesta Juvenil del Sur ayuda a los jóvenes a construir puentes con otros sectores sociales, a apropiarse en cierto modo de espacios urbanos y de una práctica artística hasta ese momento fuera de su alcance. Sin embargo, existen algunas dificultades de los participantes de la orquesta para extender los resultados dentro de la misma a otras esferas de su vida cotidiana que están ligadas a variables estructurales. Aparecen grandes dificultades para integrarse al mundo académico o laboral, para mejorar sus condiciones habitacionales o cambiar el ambiente de violencia que se vive en el barrio cotidianamente. El caso de la Orquesta Juvenil de Villa Lugano pareciera ser diferente. Aquí algunos jóvenes han logrado profesionalizarse en la música, trabajar y independizarse económicamente a partir de ella. Sin embargo, la mayoría de ellos viene de hogares de clase media o media empobrecida pero con patrones culturales más cercanos a las clases medias. Entonces, el éxito en términos de integración sería matizado, ya que estos jóvenes y sus familias han vivido procesos de socialización previos en sectores medios tradicionales.

A partir de ésto, podemos considerar que las orquestas infanto-juveniles pueden sostenerse como un paso más hacia la integración social. Sin embargo, es preciso que haya una intersección estas iniciativas y políticas sociales universales que aborden problemáticas inherentes a dimensiones estructurales básicas. Asimismo, se entiende

20

que las posibilidades de integración o ascenso social dependerán en gran medida de las trayectorias familiares previas de los participantes y de los modos en que los proyectos han sido apropiados por cada uno de los jóvenes.

Según Rodolfo (2019), en la apropiación significativa de los proyectos por parte de los integrantes de la comunidad entra en juego la dimensión deseante. El autor realiza una serie de afirmaciones teniendo como base la experiencia de una Orquesta Comunitaria de instrumentos reciclados de Cateura, Paraguay. Para muchos de los

jóvenes integrantes, la participación en la Orquesta empieza como juego que, sin embargo, los lleva más allá de él y se convierte en la puntada inicial de la experiencia cultural. Para arribar en esta última, el juego debe dejar ingresar en él “un suplemento de esforzamiento sin forzamiento (...)” (p.61). Esto se obtiene a partir de que el niño o el joven va trabajando más allá de circuitos cortos de obtención del placer y júbilo en lo más próximo. Este suplemento nutre con una nueva cualidad a los procesos lúdicos, prolongando su capacidad de temporalización. Es así que se pasa desde unas ganas iniciales que sacuden el cuerpo e impulsan, por ejemplo, a un bebé a explorar todo lo que lo rodea y de allí extraer placer, a un deseo de más alto vuelo que es más que ganas, es proceso y trabajo en el tiempo. Las ganas no fijan un rumbo, se extinguen demasiado rápido y, por eso, carecen de dirección sostenida. “Hay que poder organizar algo con ellas para montar cierto deseo” (Rodulfo, 2019, p.62).

Algún joven podría interesarse en la propuesta del músico, por la confección de instrumentos o por la sonoridad que estos son capaces de producir; pero, sin poder dar un paso más, esa curiosidad se frustra en tanto la realidad se opone al querer hacer. El deseo se debería configurar instalando un ideal por alcanzar, una figuración que aspire al sujeto hacia adelante, montando un espejismo en el que ese ideal retrocede suavemente en tanto uno avanza para conseguirlo. Sería fundamental poder indagar las diferentes motivaciones o intereses que impulsan a los destinatarios de un proyecto a concurrir, para ajustarlo a sus objetivos y hacerlos protagonistas en las decisiones. ¿Hay deseo de aprender y perfeccionar una técnica? ¿Asistir tiene que ver con la construcción de proyecto vital o la motivación es conseguir disfrutar momentáneamente de un encuentro placentero?

Por otro lado, se establece que siempre existirá una distancia entre lo que quien coordina este tipo de proyectos intenta transmitir o provocar y lo transmitido efectivamente. No es posible predecir exactamente los efectos singulares que una propuesta generará. Sin embargo, la intencionalidad de quienes lo planifican modifica necesariamente la dinámica del taller. Aún así, el aprendizaje de saberes técnicos y el encuentro intersubjetivo no son necesariamente fines opuestos.

Reescribir la historia a través de canciones, el pasado como causa y fuente del ser en el presente

“Construye tu futuro”, a ese mandato que los padres y el campo social susurran en el oído del adolescente, el analista sustituye un anhelo: “Construye tu pasado” (Aulagnier, 1991, p.467).

(...) una transmisión lograda ofrece a quien la recibe un espacio de libertad y una base que le permite abandonar (el pasado) para (mejor) reencontrarlo (Hassoun, 1996, p.17).

En el último capítulo, se profundizará en relación al interrogante principal que inaugura el escrito: ¿qué aspectos podríamos tener en cuenta al intervenir en promoción de la salud desde una perspectiva psicoanalítica? ¿Por qué las experiencias musicales adquieren tanta relevancia en la adolescencia y cómo podemos servirnos de ellas en nuestra práctica para facilitar procesos subjetivantes?

A partir de algunos de sus textos, podemos conjeturar que Freud (1937) sostenía un concepto de salud que rompía con el ideal de normalidad o de un estado de bienestar absoluto en el que no se presentaran conflictos psíquicos ni malestar. Dicho autor planteaba que el analista “(...) no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades

(...)” (Freud, 1937, p. 251). En la misma obra, Freud (1937) plantea que el “(...) yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal (...) Cada persona normal lo es solo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza (...)” (p.237).

Si retomamos este lineamiento podremos sostener que, desde los orígenes del psicoanálisis, resulta importante construir prácticas fundamentadas en un concepto de salud alejado de perspectivas normativizantes. El objetivo de estas últimas sería alcanzar un ideal de bienestar y normalidad impuesto. Por el contrario, en nuestras intervenciones con las comunidades apostamos a elaborar junto a ellas conceptos de salud más situados. Ésta es una de las ideas que también recogemos a partir de la lectura de nuestros antecedentes en promoción de salud.

Por otro lado, reconocemos que dentro del psicoanálisis existe una gran producción teórica en lo que refiere a la constitución del psiquismo. Desde esta perspectiva, se considera que existen trabajos psíquicos que es necesario que se produzcan en la adolescencia para arribar progresivamente a una posición adulta. Entre ellos: el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, la construcción de un nosotros en el psiquismo y el acceso a la construcción de proyectos vitales singulares y colectivos. Como resaltamos anteriormente, la función de lo adulto provee hospitalidad y sostén para facilitar que estos procesos se produzcan, desde una posición que aloja las diferencias. Entonces, consideramos que quien oficia como psicoanalista dentro de un equipo podría construir espacios en los que, desde ese lugar adulto, promueva experiencias que faciliten este tipo de trabajos. Ésta sería una forma posible de intervenir en función de promover la salud.

En este capítulo, analizamos las experiencias de dos grupos de adolescentes argentinos que se introducen en la cultura Hip Hop como movimiento de protesta y resistencia social. Se seleccionaron proyectos vinculados a este movimiento cultural porque, actualmente, convoca subjetivamente a muchos jóvenes de nuestra región. Se podría conjeturar, que ésto se da de tal manera por su accesibilidad (por ejemplo: no se requieren instrumentos musicales ni estudios académicos previos para empezar a rapear), su capacidad performativa y su versatilidad en los modos de manifestación. Dentro del Hip Hop, se encuentran cuatro tipos de manifestaciones artísticas: el rap como su expresión lingüística, el breakdance como su expresión física o danza, el grafiti como expresión visual y DJing como expresión sonora.

Por otra parte, contextualizar el surgimiento del Hip Hop también nos permite entender el vínculo que existe entre este movimiento y los jóvenes argentinos que lo recrean desde la singularidad de nuestra región. Este fenómeno cultural surge a mediados del siglo XX en los barrios Bronx y Harlem, en Estados Unidos. El rap emerge entre poblaciones afroamericanas y latinas como respuesta/denuncia ante el racismo y marginalidad producto de las extremas desigualdades. Actualmente, es reinventado por personas de distinto género, edad, grupo étnico, etc. “(...) logrando una fuerte identificación en la reivindicación de luchas y reclamos sociales de las clases subalternas” (Haddad, 2018,p.22).

A partir de estas ideas, nos introducimos en el análisis de los dos proyectos. Una de las experiencias seleccionadas es la de Familia de la Eskina. La música de este grupo de jóvenes nace en un barrio de la comunidad qom de Derqui, Buenos Aires. La segunda experiencia es Rimando Entreversos, un grupo de rap que surge en un taller de producción audiovisual de la Fundación “La Morera”, una institución de Córdoba. Ambos grupos, a partir del soporte de diferentes actores sociales, comienzan a crear canciones, realizar presentaciones y filmar documentales para visibilizar las problemáticas de sus barrios.

Los integrantes del grupo de rap Familia de la Eskina se consideran hermanados con las comunidades afrodescendientes debido a la opresión que sufren por ser parte de una comunidad indígena que emigró hacia Buenos Aires. Hacia fines del siglo XX, los grupos qom atravesaron procesos de desterritorialización con un alto impacto subjetivo.

Viajaron desde zonas rurales del Gran Chaco a centros urbanos como Rosario, La Plata, Pilar, Boulogne, entre otros. Esta situación fue producto de la baja demanda laboral y la pérdida de sus tierras. Por las condiciones de pobreza, aún no superadas, los modos de ser qom se actualizan con la impronta cultural de lo urbano (Haddad, 2018).

Con respecto a la experiencia de Rimando Entreversos, Ammann (2016) plantea que para estos jóvenes transitar la ciudad de Córdoba constituye en un desafío. Los integrantes de Rimando Entreversos construyen, a través de las letras de sus canciones, una mirada diferente sobre su vida cotidiana. Visibilizan problemáticas como la discriminación, los arrestos injustificados y la violencia institucional, el desarraigo a partir de los desalojos, entre otros. Esto debido a que lidian con el soporte estigmatizante que significa su procedencia barrial y la representación de peligrosidad social que portan. Existe "(...) una segregación residencial socioeconómica que genera tensas desigualdades y promueve estrategias de sobrevivencia y desarraigos obligados" (Ammann, 2016, p.2). En el documental *Guachos de la calle: Memorias del desarraigo* (Schmucler, 2015) se relata el impacto subjetivo del proyecto en cada uno de sus integrantes y sus familias. Además, muestra la lucha de este grupo contra una política estatal de erradicación de las villas que, creada con el objetivo de inclusión social y mejora de las condiciones habitacionales, conspira contra el arraigo y la estabilidad de los vecinos ya que implica que abandonen sus viviendas y sean trasladados.

Cómo se planteó anteriormente, se considera que este tipo de experiencias musicales vehiculizan algunos de los trabajos psíquicos que el adolescente realiza. Uno de ellos es el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar. Según Rodulfo (2000), en la adolescencia lo extrafamiliar deviene más importante que lo familiar en tanto el sujeto vuelca su interés al campo social. En este pasaje tiene un rol fundamental la función del amigo. El autor considera: "(...) la función del amigo creo que se debe pensar como una transformación muy importante del objeto transicional, en tanto el amigo mitiga los rigores (...) de la oposición familiar/extrafamiliar, la suaviza, funciona como articulador (...)" (p.158).

En la producción de rap qom vemos un ejemplo de este trabajo psíquico, en tanto es una práctica iniciada por la primera generación de hijos de migrantes internos que comienzan a agruparse en una plaza a partir del gusto por el Hip Hop. En los fragmentos de sus rimas, comienza a identificarse como temática predominante su historia como integrantes de una comunidad indígena que intenta adaptarse a la vida en la ciudad sin perder sus raíces originarias. Los adolescentes de Familia de la Eskina se encargan de elaborar colectivamente ciertas temáticas que los interpelan. Cae sobre ellos la sospecha de no ser verdaderos indígenas, son mirados desde "(...) ideales homogeneizadores, puristas y a-históricos que presentan las formas originales como "elementos de una cultura auténtica" y los cambios como formas "corrompidas"" (Haddad, 2018, p.18).

Las calles del barrio conforman estos espacios extrafamiliares de práctica y socialización musical. Desde allí, ese grupo de jóvenes empieza a proyectar la posibilidad de componer juntos sus propias canciones. A su vez, participan de una práctica musical atravesada por la construcción de un nosotros en el psiquismo, dado que la experiencia de escucha y creación musical en grupo, contribuye a generar un sentido de pertenencia entre pares. El rap qom permite la construcción de una pertenencia étnica de los jóvenes en sus propios términos. A partir de los usos particulares de la lengua qom experimentan modos de apropiación de la misma que le dan continuidad.

Rodulfo (2004) también analiza este proceso de inscripción de un nosotros en el psiquismo del adolescente. Además, plantea que existe cierta subjetivación que está comandada por lo musical en este momento vital. En este sentido, considera necesario introducir una reflexión acerca de agentes de subjetivación no familiares que despliegan sus funciones en la adolescencia. Entre ellos, las bandas musicales, los pares y los

amigos, lo tele-tecno-mediático y otros adultos referentes implicados en el campo en el que el adolescente participa. Estas figuras hacen que se despliegue toda una red de procesos de identificación. Esta inscripción intrapsíquica de un nosotros implica un volver a encontrarse con la problemática especular, puesto que se pone en juego la cuestión de

23

ser reconocido y admirado por los pares. A partir de ese nosotros, aparece la dimensión del ser con otros, ser reconociendo la alteridad del otro. Esto no implica la pérdida de la diferencia sino su reconocimiento desde el encuentro con los otros. A partir de la inscripción del nosotros, se establece para el adolescente la posibilidad de diferenciarse del otro sin oponerse a él.

Por su parte, los jóvenes de Rimando Entreversos aprehenden diferentes recursos culturales (poesía, música, producción audiovisual, etc.) a través de las propuestas de la Fundación La Morera. La trama de sociabilidad que posibilita la institución hace que se congreguen jóvenes provenientes de distintos barrios de la ciudad de Córdoba (Los Sauces, Villa La Tela, San Roque, entre otros), construyendo un nosotros. Los talleres tienen como objetivo la inclusión social, ampliar la participación cultural y el ejercicio de los derechos humanos. Desde las propuestas de los referentes de la institución, se promueve la construcción singular y colectiva de identidades narrativas. La intención fundamental cuando el grupo produce canciones, es llegar a los oyentes e impactar en la opinión pública para romper con las representaciones moralizantes que los identifican a ellos y su territorio como peligrosos.

Todavía cabe desarrollar una cuestión más. Nos referimos al trabajo psíquico que posibilita al adolescente la construcción de proyectos futuros. Rodolfo (2000) nos recuerda que la adolescencia no termina en la destrucción de los elementos que conformaban la niñez "(...) la continuación de la vida necesita, si no matrices, al menos material" (p.162).

En relación con esto, Aulagnier (1991) sostiene que el pasado vive en forma de discurso que habla al sujeto, que preserva una ligazón con su presente y le da sentido a los proyectos futuros. De esta manera, nuestro fondo de memoria es capaz de satisfacer dos exigencias para el funcionamiento del yo. Por una parte, provee en el registro de las identificaciones puntos de certidumbre (permanencia identificatoria) que otorgan un lugar al sujeto dentro del sistema de parentesco y en el orden genealógico. En segundo lugar, se asegura un capital fantasmático al que puede recurrir para distinguir entre lo que puede formar parte de su investidura y lo que no encuentra un lugar en ella (marcado por el sello del rechazo). Se trata de poner al resguardo lo singular. Esto incide sobre el espacio relacional y la elección de objetos soportes del deseo.

En este sentido, podríamos explicar la creación del rap originario a partir de un fondo de memoria que se va construyendo en los intercambios entre estos integrantes de la comunidad qom en las calles. Parte del proceso histórico de opresión y resistencias, de injusticias, desigualdades y racismo se ve plasmado en la reapropiación creativa de sus rasgos distintivos que ellos hacen a través de la música. Los integrantes de Familia de la Eskina apelan al rap como un modo de reafirmación identitaria y también como un modo de resistencia. Su pertenencia étnica se afirma como parte de los soportes identificatorios. Además, producen una diversificación del estilo más allá del barrio, en circuitos locales del rap.

A su vez, este proyecto relanza la transmisión intergeneracional de saberes en tanto hay una demanda de estos jóvenes hacia los adultos y ancianos por conocer su lengua nativa y la tradición musical de su comunidad. Incorporan en sus improvisaciones palabras en qom y el sonido del nviqwe (instrumento musical símbolo de la cultura chaqueña) que ingresa en la escena oficiando como beat, es decir, la pista musical sobre la cual se suele elaborar las rimas. La sonoridad del nviqwe los conecta directamente con las prácticas culturales de los grupos qom. Haddad (2018) sostiene que "(...) el "rap

originario” por un lado remite a ciertas continuidades musicales o “marcadores diacríticos de límites culturales” (Nettl, 1992) y por otro, refiere a una reconstrucción propia y creativa por parte de los raperos” (pp. 18-19).

Por otra parte, Aulagnier (1991) plantea que el yo sólo puede ser y devenir preservando la certeza de que sabe de dónde viene. Estos puntos señeros son responsables de nuestro acceso al goce y posibilidad de sufrimiento. Constituyen nuestra singularidad en el registro del deseo. Es necesario disponer de este capital fantasmático

24

para sostener el deseo que permitirá investir parejas sexuales, fines narcisistas y proyectos.

La autora crea el concepto de posibles relacionales para teorizar acerca de la cantidad de posiciones identificatorias que un yo podrá ocupar sin perderse. También considera que existen imposibles identificatorios, que no permitirán al sujeto ocupar ciertos lugares, pues supondría situarse en un lugar fuera de la historia, desconectado de ese trabajo de memorización y de ligazón que permite ubicar nuestras elecciones como creaciones de parte de un yo que las precede.

Se considera que a través de proyectos como Familia de la Eskina o Rimando Entreversos, se podrían habilitar nuevos posibles identificatorios, a partir de que los jóvenes que integran estos grupos se empiezan a identificar como artistas y portar ésta insignia en lo público en distintas presentaciones.

Los jóvenes de Familia de la Eskina crecieron en un ambiente lingüístico bilingüe. Reconocen aspectos de la lengua qom que les permiten desenvolverse en el ámbito familiar, pero no la usan de manera cotidiana. La iniciativa de incorporarla en sus canciones provocó un acercamiento generacional entre jóvenes y padres/abuelos, los poseedores de esos saberes que consideran que los jóvenes están alejados de su propia cultura. Aparece allí algún intento de conciliar la historia pasada con lo actual del deseo subjetivo. Así, la influencia de éstos jóvenes se extiende en el barrio impactando en las trayectorias de algunos niños que a partir de escucharlos empiezan a elaborar sus propias rimas. Los jóvenes se encuentran en un rol activo dentro de los procesos de socialización. Al mismo tiempo que aprenden de sus mayores, son productores de cultura y transmiten sus saberes a los niños que los toman como referencia en tanto modelos identificatorios.

Para Hassoun (1996), “(...) el reconocimiento de una parte de su historia en un canturreo como lo sería una canción de cuna durante mucho tiempo olvidada(...) en las sonoridades de una lengua agonizante, supone la puesta en marcha de un trabajo de identificación”(p.149). No se trata de crear una identidad-calco entre predecesores y descendientes, sino al modo de un discurso procesado clandestinamente, como contrabando de aquello que se ofrece como herencia.

En este sentido, “(...) el rap aparece como una práctica cultural que evidencia usos creativos y particulares del lenguaje donde – entre otras cosas– “hablar la lengua” no implica exclusivamente la “competencia lingüística””(Haddad, 2018, p.23).

Por otro lado, podemos ejemplificar con la experiencia de Rimando Entreversos como las experiencias musicales pueden promover la construcción de proyectos singulares y colectivos futuros. Para los integrantes del grupo, el vínculo con la música fue tomando progresivamente nuevas formas en tanto se transformó en una fuente laboral. Algunos de los integrantes llevan adelante su trabajo en la Villa El Sauce donde se construyó el Centro Educativo Cultural el Rimando. Allí dan talleres para niños donde trabajan a partir del rap. Desde un rol docente, transmiten a las infancias las claves para (a través de la expresión artística) sostener la lucha por el reconocimiento de sus denuncias y la escucha de diversidad de voces en el escenario político.

Por otra parte, dos de las integrantes del grupo formaron Flores del Desierto, una

banda de mujeres cuya música es autodefinida como rap feminista. En sus canciones relatan historias donde denuncian la violencia de género y sus vivencias como mujeres villeras. Además, fundaron la organización Mujeres activando, a partir de la cual desarrollan trabajos de prevención de la violencia contra las mujeres y disidencias junto con la Universidad Nacional de Córdoba.

Algo destacable de la Fundación La Morera es que trabajaron por vincular a los jóvenes integrantes del grupo con organizaciones, con la Universidad Nacional de Córdoba y con sectores estatales que también estaban preocupados por el acceso a la cultura. Montiel, Díaz y Edelstein (2019) plantean que, desde los inicios, La Morera generó un trabajo en vínculo con el Estado. Se trataba de propiciar la construcción de espacios de encuentro "(...) en un proyecto de participación cultural llamado Entreversos, que tuvo, y tiene, en el centro de su acción a jóvenes de sectores urbano marginales de

25

la Provincia de Córdoba" (p. 351). Por otro lado, el ejercicio de derechos humanos se sostiene como una búsqueda menos discursiva y más experiencial. Desde esta perspectiva, se generan campos de experiencias compartidas en la búsqueda de que a partir de los proyectos participativos en donde los destinatarios puedan tomar decisiones y ejercer un poder-hacer concreto. Se enfatiza el valor de propiciar un "entre" como desafío a la atomización individualista, saliendo del espacio de seguridad para ir hacia el encuentro humano en el que las incertidumbres son parte del proceso.

Para finalizar este capítulo, es necesario volver a destacar el rol predominante que la cultura Hip Hop está teniendo a nivel global y cómo impacta esto en los adolescentes de hoy. Este movimiento cultural, permite que los jóvenes jueguen con la palabra, haciendo un uso diferente al cotidiano. Por otro lado, les permite generar un puente a nivel intergeneracional y con la comunidad barrial, ya que la mayoría de los textos de las canciones portan como insignia representativa lo que les ha sido transmitido en esos contextos. Es así que recuperan (singular y colectivamente) parte de su historia y recrean, en sus propios términos, los grandes mitos y ritos que se convierten en los andamios que les permiten sostenerse en la cotidianidad. De ésta forma, se produce un intento de salir de la situación de desvalimiento producto de las condiciones de vulnerabilización social a partir de la participación en lo comunitario.

Se considera que organizar espacios que introduzcan a los jóvenes en este movimiento cultural podría generar condiciones para promover la salud de quienes participan. Este tipo de experiencias musicales que se sostienen desde la función del adulto que hace de soporte de los procesos, son capaces de generar condiciones para promover aquellos trabajos subjetivos que tienen lugar en la adolescencia. Entonces, construir espacios de encuentro a partir de la actividad artística es una modalidad posible de acompañar sin patologizar o sobreintervenir.

Reflexiones finales

El presente ensayo surgió a partir del deseo de elaborar un sentido propio en relación a la posibilidad de articular el oficio del psicoanálisis en intervenciones ligadas a la promoción de la salud mental comunitaria. En particular, se analizaron experiencias en donde la música aparece como recurso para la construcción de espacios-soporte ante la fragilización de los lazos sociales. Por otro lado, se visibilizó la importancia de promover procesos creadores en los que se generen condiciones de posibilidad para el protagonismo y la participación en lo comunitario, en función de intentar contrarrestar los efectos desubjetivantes de los procesos de vulnerabilización social.

Se considera, parafraseando a Winnicott (1971), que es importante que la práctica analítica ofrezca oportunidades para los impulsos creadores. La apercepción creadora debiera ser parte de lo vital y atravesarnos en lo cotidiano. Por otra parte, el enriquecimiento del mundo imaginario permite ensanchar los límites de lo que se considera posible para sí mismo. Entonces, subrayamos la importancia de sostener espacios que promuevan experiencias en donde se pone en juego la imaginación y se posibilita el acceso a bienes simbólicos. Esto con la intención de que no sea un lujo para privilegiados, sino un derecho garantizado para todas las personas. Consideramos que sería una forma posible de promover una mejora en las condiciones de vida, favoreciendo factores que contribuyen a la salud en desmedro de aquellos que potencian el sufrimiento.

Tal cómo lo ubican Rodulfo (2017) y Vainer (2017), a lo largo de la vida, la música cumple funciones de sostén y expresión de lo singular y colectivo. Se considera que se

produce una experiencia musical cuando los sujetos pueden ubicarse en relación a lo musical desde un lugar de apropiación creativa y no desde la posición de meros consumidores. La experiencia deja huellas en el psiquismo, produciendo transformaciones.

Por otro lado, ya sea que se trate de dispositivos que utilicen como vehículo de intervención la música u otros bienes culturales; se considera que estos espacios promueven (para quienes participan de ellos) que la noción de lo posible se amplíe, es decir, se generan condiciones de posibilidad para ocupar nuevos lugares y conquistar otros territorios en el campo social. Por ejemplo, en la experiencia de las orquestas comunitarias infanto-juveniles (recuperada por Wald (2011,2017)), observamos como el reconocerse y ser reconocido como artista permitió que algunos de los participantes descubrieran que no tenían un destino prefijado ligado exclusivamente a lo mortífero.

Por otra parte, a lo largo del escrito se visibiliza que la estrategia de promoción de salud brinda la posibilidad de que trabajadores de la salud mental estén insertos en la vida cotidiana de la comunidad. En este sentido, se ensancha el campo de acción y se genera un interjuego entre lo que sucede en las calles y otros dispositivos institucionales como el consultorio. Además, este modo de abordaje permite establecer un primer contacto con personas que no se acercan comúnmente a consulta a pesar del gran padecimiento subjetivo.

Por otro lado, me parece interesante resaltar que experiencias musicales como las seleccionadas les permiten a sus participantes conquistar (mediante sus propias creaciones) espacios tradicionalmente pertenecientes a otros sectores sociales. Así se anula aquel juicio que reserva la potestad de producir bellas obras a una minoría conformada por artistas profesionales/académicos, permitiendo la exploración y el juego a partir del encuentro con otros en estos espacios. Se crea un modo particular de hacer memoria y producir nuevas narrativas que recuperan, en las creaciones artísticas, los grandes tesoros colectivos invisibilizados en lo cotidiano. Entonces, se sostiene la importancia de trabajar desde los objetos mediadores de cultura que movilizan el interés de cada grupo en particular. En el caso de la experiencia de Rimando Entreversos o Familia de la Eskina, este emergente era el Hip Hop.

Como plantea Minnicelli (2013), preparar un escenario social en clave de hospitalidad implica que algo de lo propio es albergado y reconocido por un otro. Generar

27

condiciones para recuperar los relatos transmitidos, posibilita organizar una memoria colectiva que le permita a una comunidad comprender las situaciones que atraviesan y actuar sobre ellas. En particular, en las experiencias seleccionadas en relación al rap, el proyecto de producir canciones implicó que cobre relevancia para sus participantes el recuperar relatos familiares o barriales en relación al desarraigo o la estigmatización social.

Por otro lado, se considera que en la adolescencia es posible hacer un uso de la cultura y modificarla, si existen agentes de subjetivación que creen condiciones para esto. Es así que, el psicoanalista podría ubicarse como uno de estos agentes no familiares que despliegue la función del adulto, que es la que facilita este proceso de apropiación creadora. En futuras intervenciones, se procurará promover espacios en donde a partir de la circulación del placer se vaya configurando en cada sujeto un deseo que instale nuevos ideales y proyectos por alcanzar.

Para finalizar, considero que no se trata de sostener idealismos ingenuos ni romantizar los efectos que los dispositivos artísticos pudieran tener. Es necesario el trabajo conjunto de múltiples instituciones para intentar reparar los daños causados por las condiciones vulnerabilizantes en las que se encuentran algunas comunidades de nuestro país.

Referencias bibliográficas

- Ammann, A. B. (2016). Banda Rimando Entreversos: opciones narrativas y acceso a la cultura de jóvenes de barrios periféricos de Córdoba. En *II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología*. Asociación Argentina de Sociología.
- Allgood, B. y Townsley, G. (directores) (2015). *Landfill Harmonic* [Documental]. EE. UU.: Hidden Village Films, Eureka Productions. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=jm0jumDwyoc> .
- Aulagnier, P. (1991). Construir (se) un pasado. En *Psicoanálisis-Revista de APdeBA*, 13(3).
- Augsburger, C. (2000). El oficio del psicólogo educacional. En Menin, O. (Comp.), *El oficio del psicólogo educacional* (pp. 9-11). Rosario: CG Editora.
- Augsburger, C. (2004). La promoción de la salud en la escuela: posibilidades y límites de la intersección entre la salud y la educación. En Menin, O. (Comp.), *Aulas y psicólogos: la prevención en el campo educativo* (pp. 65-72). Rosario: Homo Sapiens.

- Bang, C. (2016). *Creatividad y salud mental comunitaria. Tejiendo redes desde la participación y la creación colectiva*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Castel, R. (1997). Prólogo. En *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado* (pp. 11-21). Buenos Aires: Paidós.
- Campos, R. O., Massuda, A., Valle, I., Castaño, G., y Pellegrini, O. (2008). Salud Colectiva y Psicoanálisis: entrecruzando conceptos en busca de políticas públicas potentes. *Salud colectiva*, 4, 173-185.
- Duschatzky, S. y Skliar, C. (2001). Los nombres de los otros. Narrando a los otros en la cultura y en la educación. En J. Larrosa y C. Skliar (Eds.), *Habitantes de Babel. Políticas y poéticas de la diferencia* (pp. 185-212). Barcelona: Editorial Laertes.
- Fernández, A. M., y López, M. (2005). Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina: política y subjetividad. En *Nómadas (Col)*, (23), 132-139.
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas*, T. XXIII (pp. 213-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Haddad, M. R. (directora) (2013). *Naponaxac (Encuentro)* [Documental]. Argentina: El Canto QOM. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=2mAWwEgH4a8>.
- Haddad, M. R. (2018). El "rap originario" como práctica cultural entre jóvenes y niños qom. En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 27(1), 17-31.
- Hassoun, J. (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Korinfeld, D., Levy, D., y Rascovan, S. (2013). *Entre adolescentes y adultos en la escuela: puntuaciones de época*. Buenos Aires: Paidós.
- Leale, H. (2010). Por la alegría contra la muerte. El arte interviniente y movilizante. En Zaldúa (comp.), *Epistemes y prácticas de Psicología Preventiva* (pp.273-298). Buenos Aires: Eudeba.
- Leale, H. (2016). Psicología social comunitaria: intervenciones preventivas y promocionales de salud. En Zaldúa (comp.), *Intervenciones preventivas y promocionales en Salud Comunitaria. Territorios, políticas sociales y actores* (pp.369-386). Buenos Aires: Teseo.
- Lourau, R. (1991). Implicación y sobreimplicación. En *El Espacio institucional. La dimensión institucional de las prácticas sociales*. Buenos Aires: Inédito. Marchiori Buss, P. (2008). Una introducción al concepto de promoción de la salud. En Czeresnia, D., y Freitas, C. M. D. *Promoción de la salud: conceptos, reflexiones, tendencias* (pp. 19-46). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Menin, O. (2000). El oficio del psicólogo educacional. En Menin, O. (Comp.), *El oficio del psicólogo educacional* (pp. 5-8). Rosario: CG Editora.

- Minnicelli, M. (2013). *Ceremonias mínimas: una apuesta a la educación en la era del consumo*. Buenos Aires: Ediciones Homo Sapiens.
- Ministerio de Salud (2010). *Ley Nacional de Salud Mental y Adicciones N° 26.657*.
- Montiel, G., Díaz, J., y Edelstein, M. (2019). Aproximación a un diálogo multicultural en derechos humanos. En Badano, M. D. R. (Comp.), *Educación superior y derechos humanos: reflexiones, apuestas y desafíos* (pp. 345-358). Paraná: Editorial UADER.
- Percia, M. (1991). *Notas para pensar lo grupal*. Buenos Aires: Lugar Editorial. Pescetti, L. M. (1996). Creatividad y fantasía ¿lujo o necesidad?. En *Taller de animación y juegos musicales* (pp.107-111). Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
- Rodulfo, R. (2000). El adolescente y sus trabajos. En *Estudios clínicos: del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica* (pp. 152-162). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rodulfo, R. (2004). Un nuevo acto psíquico: la inscripción o la escritura de un nosotros en

- la adolescencia. En *El psicoanálisis de nuevo* (pp. 115-125). Buenos Aires: Eudeba.
- Rodulfo, R. (2017). Una nueva genealogía para la conceptualización psicoanalítica contemporánea, con especial referencia a su pertinencia para dejar pensar el amor. En *Ensayos sobre el amor en tiempos digitales: dominios sin dueño* (pp. 141-173). Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2019). *En el juego de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Rolnik, S. (1996). *Deleuze, esquizoanalista*. En *Cadernos de Subjetividade*, 1(01).
- Schmucler, S. (2015). *Guachos de la calle – Memorias del desarraigo* [Documental]. Argentina: INCAA. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=QPwtH6DFWYA> .
- Ulloa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Ulloa, F. (2012). *Salud ele-Mental: con toda la mar detrás*. Libros del Zorzal. Vainer, A. (2017). *Más que sonidos. La música como experiencia*. Buenos Aires: Editorial Topía.
- Wald, G. (2011). Promoción de la salud integral a través del arte con jóvenes en situación de vulnerabilidad social: Estudio comparativo de dos orquestas juveniles de la Ciudad de Buenos Aires. En *Revista Eä. Humanidades médicas y estudios sociales de la ciencia y la tecnología*, 3(1), 1-31.
- Wald, G. (2017). Orquestas juveniles con fines de inclusión social. De identidades, subjetividades y transformación social. *Foro de educación musical, artes y pedagogía*, 2 (2), 59-81.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Editorial Gedisa.